



Pasajes

Amor feliz. ¿Es normal,
es serio, es positivo?
¿De qué le sirven al mundo dos seres
que no ven el mundo?

[...]

¿Qué ocurriría
si su ejemplo se imitara?
A qué recurrirían la religión y la poesía,
qué sería recordado y qué olvidado,
quién elegiría permanecer encerrado en el círculo.

[...]

Que quienes no conocen el amor feliz
sigan afirmando que no existe un amor feliz en
ningún sitio del mundo.

Con esa creencia les será más fácil vivir y también
morir.

Waslaya Zimbrowska “Amor Feliz”

Creo que siempre reviví emocionalmente algunos momentos emblemáticos de la historia humana con una cierta mirada adolescente, romántica. O tal vez sea mi alma antigua que le gusta pasear por el pasado.

Imaginaba, por ejemplo, cómo debía haber sido la euforia del pasaje del siglo XIX al siglo XX presuntuosamente retratado por el movimiento Futurista. La *Belle Époque* siempre me atrajo hacia el pasado. Era estimulante sentarme en el *Café de la Paix*, en el *Café de Flore* o en *Le Deux Magot* en París, ya en el siglo XXI, repasando los pasos de Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir o Albert Camus, e imaginar oír un diálogo de los años 1940 y 1950 en la mesa de al lado. En la descomunal sala de profesores de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en su impresionante y austera atmósfera con aires de museo y de sala de palacio real, me senté en todas las sillas a lo largo de los últimos años imaginando en cuál de ellas se habría sentado Rui Barbosa cuando allí fue profesor. Quería sentirme su contemporáneo. No bastaba la honra de también ser profesor en la misma universidad más de un siglo después.



Hay algo de nitroglicerina escondido en la asociación del avance tecnológico al incondicional optimismo kantiano de que somos seres predestinados a un progreso lineal inevitable.

Por eso admiro tanto a los artistas y a las artes. En este mundo en que tercerizamos todo, desde la educación de nuestros hijos hasta la limpieza de nuestras casas, delegamos al artista el papel de digerir nuestras angustias. El artista vive y retrata ese sentimiento abstracto, inherente a la condición humana, que idealiza de forma innecesaria su futuro, pero al que se le terceriza la angustia —o al menos se intenta— de la consecuente posibilidad de fracaso, sufrimiento, y, claro, de nuestra inevitable muerte. Resta —a los que aún les sobra algún destello de digno valor— contemplar a la distancia, en las galerías de arte, lo que en realidad deberíamos sentir. De este modo, somos presentados a la intimidad de nuestros conflictos internos en estrenos e inauguraciones de galerías, de forma colectiva y con una copa de champaña en la mano para adormecer cualquier eventual incomodidad.

Lo más increíble es notar que pocos de los presentes en esos momentos históricos de cambio de paradigma realmente se dan cuenta de lo que están viviendo. Fui testigo de la popularización del teléfono fijo a su casi que total desaparición. Aquel objeto, al cual pasé pegado largas horas de mi pre adolescencia, desapareció y ahora decora mi biblioteca como un souvenir de un pasado distante. Mi hijo de un año y cuatro meses sabe usar un celular de juguete pero no se dio cuenta aún para qué sirve aquel extraño objeto en la mesa de su padre.

Los taxis ya no son más los mismos. No nos hospedamos más siempre en hoteles. Mis alumnos me preguntan si la profesión de abogado todavía existirá cuando se gradúen.

Reconfortados en la esperanza de la relevancia del papel de la televisión y su protagonismo electoral, estábamos seguros de que los ocho segundos de propaganda del ahora presidente electo sería una barrera al éxito de sus chovinismos medievales. La elección solo empezaba verdaderamente con la propaganda electoral televisiva. Fue así hasta 2014. Ayer, en términos históricos.

Anestesiados por la avalancha de información, no notamos transiciones, transformaciones. Vine de un pasado remoto en el cual bloquear el acceso a la información era la forma de ejercer control social. Les enseñé cotidianamente a jóvenes hipnotizados y lobotomizados por pequeñas máquinas conectadas a sus



manos. El acceso al exceso ahora es la nueva garantía de que no se pensará. La censura en la posverdad es la parálisis provocada por la sobredosis de sinapsis.

Hace poco en Japón —en octubre— el joven Akihiko Kondo se casó con el holograma de una cantante de la realidad virtual llamada Hatsune Miku. Dice ser fiel a su nueva esposa y que finalmente vive armónicamente con el sexo opuesto. Y yo que pensaba que enamorarse perdidamente por el sistema operacional de su computadora como lo hizo el solitario Theodore, personaje brillantemente interpretado por Joaquin Phoenix en la provocadora distopía *Her*, de Spike Jonze, era algo perturbador, pero improbable. La madre del joven, una conservadora acostumbrada a otros tiempos en que la novia era de carne y hueso, se recusó a asistir a la ceremonia de casamiento de su hijo único con la futura nuera holográfica, con la cual no podría enemistarse posteriormente.

Como ya nos alertó uno de los artistas más sensibles que conozco, en una serie de fotografías que inspiraron el título de esta columna, Gustavo Lacerda, “el ser humano, que descubrió maravillado el encanto de la calle y se adentró en una infinita capacidad de socialización, transita ahora en carros. Lo que era para aproximar, distancia.”

No notamos que el teléfono que nos unía ahora nos separa. Que las elecciones que nos sustentarían, nos corroen.

Tal vez haya sido siempre así y hayamos vivido siempre ajenos a la realidad que nos cerca. Parecía ser diferente. O así lo creí.

Plauto Cardoso – Catedrático por la Solidaridad y la Paz por el Parlamento Internacional de los Estados para Seguridad y Paz de las Naciones Unidas (ONU), Plauto es escritor, docente, investigador y abogado en las áreas de Derecho Constitucional, Derecho Administrativo, Derecho Procesal Civil, Derechos Humanos y Derecho & Política. Es director del Instituto de Derecho de Integración de la Asociación Argentina de Justicia Constitucional (AAJC).